

No había duda; el ejército abandonaba sus posiciones, se alejaba á la chita callando, sin hacer sonar sus fanfarrias, sus tambores y sus charangas. Allá se distinguían



los batallones como una mancha blanca, que se asemejaba á los copos de espuma que en el mar señalaban los islotes; los regimientos, como monstruosos animales de cien patas en que no se sabía dónde comenzaba el hombre y dónde terminaba la cabalgadura; los oficiales, como manchas negras y movedizas que corrían de aquí para allá; y trepando la eminencia, bordeando la falda verde y próximo á entrar á la zona de sombra negra, un séquito que des-

plegaba al aire banderas de seda joyante, sangrientas oriflamas, jirones con letreros imposibles de distinguir.

Comonfort, desconfiado, envió un oficial que reconociera el campo de Santa Anna y se encontró con que, en efecto, había sido abandonado.

Temeroso de una sorpresa registró los alrededores, y sólo se encontró los cadáveres de Indart y Vargas, colgados de una rama de árbol. A sus pies se veían hediondas inmundicias, osamentas y pedazos de entrañas, y sobre aquel monumento ejemplares de las proclamas que habían publicado los caudillos de la revolución.

Indart y Vargas eran dos oficiales que habían caído prisioneros días antes, y habían sido fusilados aquella misma mañana. S. A. S. tuvo á orgullo presenciar las ejecuciones.

Así terminó esta jornada, digna de los trasudores y sustos que nos causó. Hemos quedado triunfantes é ignoro por qué; más tarde lo sabremos.

A los pies de usted, señora.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

P. S. A cada carta de usted, veo que omite con reserva estudiada, algo acerca de mi asunto amoroso. ¿Tan malas son las noticias que tiene? Porque el corazón me dice que las tiene, y frescas.

VALE.

De la misma al mismo.

México, á 20 de Mayo de 1854.

Amigo muy querido: la *sangrienta pantera que brama por esas comarcas*, ó sea el general Alvarez, el *antropófago del sur*, vulgo don Tomás Moreno, y el *pérfido y crapuloso Villarreal*, nos han hecho pasar días verdaderamente atroces.

- « Que S. A. S. quedó derrotado en el Coquillo. »
- « Que no lo fué sino en el Peregrino. »
- « Que no le derrotaron, sino que salió triunfante. »
- « Que las tropas se extraviaron en los bosques y se las comieron los *pintos* con todo y uniformes. »
- « Que los devorados fueron los *pintos*. »
- « Que Santa Anna fué hecho prisionero. »
- « Que el prisionero fué Alvarez. »
- « Que hubo tratados y se sometieron los revolucionarios. »
- « Que Comonfort entregó Acapulco. »
- « Que no lo entregó porque el Presidente lo tomó á viva fuerza. »
- « Que el general Blanco cayó de caballo y se rompió una pierna. »
- « Que le amputaron la pierna. »
- « Que no fué caída de caballo sino bala de pronunciado la que rompió la pierna ministerial... »

Hay para volverse loco, recobrar el seso y perder la cabeza otra y otras veces.

Y entretanto los malditos periódicos no nos decían sino que se había librado una acción decisiva, que Alvarez iba de huída, que las armas del Gobierno se habían cubierto de gloria y las de los pronunciados de ignominia, que los rebeldes habían pedido la paz, que el general Santa Anna, descoso de añadir á sus gloriosos títulos el de *libertador del sur*, les había rehusado cualquier acomodo, y que todo marchaba á pedir de boca.

Y sin embargo, la capa no parecía, es decir, no parecía el ejército ni se tenían noticias fidedignas de él, ni había manera de tener datos ciertos de la campaña.

Pero no solamente los profanos vivíamos en babia; el excelso Aguilar, el prudente Sierra y Rosso, el sabio Lares, y Bonilla, sol de la diplomacia, andaban vacilantes y cariacontecidos. Creían que, conforme á su vieja costumbre, el Napoleón americano abandonaría la tierra y los dejaría sin tiempo de congraciarse con la vil canalla.

Hasta se decía que tuvieron los buenos señores la audacia de sacar el *pliego de mortaja* que al marcharse dejó depositado Santa Anna en el Ministerio de Relaciones, que dieron vueltas por diestra y siniestra al bendito papel, que uno de ellos propuso enterarse del contenido y que habiendo roto la nema con muchas precauciones... se encontraron el pliego en blanco.

Por fin, se supo que el ejército había aparecido, y lo que fué mejor, se supo que Rafael y Atocha habían venido de Washington trayendo la noticia de la aprobación del tratado de la Mesilla en las cámaras americanas. Como el Gobierno está perfectamente tronado, esos milloncejos le caen como venidos del cielo; pero los veinte de que se habló al principio, después se redujeron á quince, y ahora no se recibirán sino diez, y de esos sólo siete al contado.

Como el negocio es tan malo para México, los mexicanos que viven en voluntario destierro en los Estados Unidos han protestado, alabando á los senadores que se opusieron á la aprobación; lo cual ha bastado para que el *Diario Oficial* ponga de traidores, Opas, don Julianes Picalugas y filibusteros á Ceballos, Arriola, Arriaga, Sandoval y Ocampo.

El sábado de gloria, aparte de los ordinarios Judas, tuvimos una novedad importantísima: se quemaron, por mano de los delincuentes más aprovechados de la cárcel pública, los ejemplares que en los archivos y en poder de sujetos privados, pudo encontrar el Gobierno, de la *Historia de la Guerra con los Estados Unidos*, libro en que se censuraba duramente á S. A. S. El impreso, que fué obra de trece individuos, ya se regeneró por la «acción purificadora del fuego», y sus autores han sido destituidos de los puestos que ocupaban.

Manuel Payno y Pepe Iglesias, que eran de los incre-

minados y á tiempo tuvieron soplo de la que se tramaba, renunciaron sus empleos en la oficina de Crédito público, por lo cual el Gobierno no encontró más remedio que declararles indignos de cualquier distinción, «por traidores y enemigos de su patria.»

El día diez y seis entró don Antonio con el ceremonial que usted conoce y que ha hecho sudar el copete al bienaventurado Bonilla, casi tanto como si hubiera escrito un nuevo *Tratado de Urbanidad*. Yo estuve un rato en la Catedral, con el exclusivo objeto de ver al grande hombre.

Entre caballeros de la nacional y distinguida Orden de Guadalupe, Secretarios de Estado, generales, magistrados, regidores, ayudantes y demás impedimenta, apareció el salvador de México algo más flaco, algo más viejo, algo más pálido, algo más nervioso de lo que le habíamos visto; y á pesar de *Te Deums*, saluciones y besamanos, todo el mundo conoció que S. A. S. había perdido la serenidad.

Porque no es ilusión mía; todo el mundo comprende que esto se acaba, se desmorona, se va por la posta. La manera con que se saludan los empleados, significa: *esto se va*; el gesto con que se hacen *randibús* al general, indica: *esto se va*; y hasta los caballos al trotar en el paseo, los pajarillos al cantar, las niñas al pasar haciendo muecillas y los frailes al echar bendiciones, dicen al unísono: *esto se va, esto se va...*

¿Y qué hace el gobierno para impedirlo? Ah, el gobierno está tomando eficacísimas medidas: ha mandado rezar un novenario á la Virgen de los Remedios, á fin de que esa distinguida señora tome á su cargo destruir á los insurrectos.

Ha mandado hacer al pintor Tercero un retrato de S. A. S. á caballo, con la espada en la mano y fulminando á los bribones.

Ha mandado se canten varias misas de gracia y *Te Deums*, y que se digan algunos sermones celebrando el triunfo del Gobierno.

Ha publicado muchísimas actas de adhesión al orden establecido, firmadas por los gobernadores de los departamentos.

Y ha dispuesto el aumento de la guardia de la augusta persona, á nueve mil hombres. En lo de adelante, tendremos para el exclusivo cuidado de don Antonio:

Compañías de zapadores.

División mixta de cuatro baterías de artillería.

Batallón de granaderos.

» » cazadores.

» » tiradores.

» » guías.

Regimiento de granaderos á caballo.

» » lanceros.

Ya ve usted que ni la pantera del sur ni todas las pan-

teras del universo lograrán nada contra este orden de cosas, y que los partidarios del *divino sistema* tendrán que pasarla mal al fin y al cabo.

Pero basta ya de murmuraciones, y hasta otra vez que hablaremos largamente de muchas cosas interesantes.

ANARDA.

De la misma al mismo.

24 de Mayo de 1854.

Amigo mío: todos los triunfos que usted me cuenta, todas sus bazarías y sus habilidades, las noticias de que usted es diplomático, artillero, confidente de revolucionarios y demás primores, no han logrado disminuir un ápice el interés que me inspira lo que aquí pasa.

Tenemos aquí dos compañías, dos compañías de ópera con personal selectísimo, que se disputan el campo, riñen batallas, se dan mutuos disgustos y á nosotros nos proporcionan inmensas satisfacciones.

En Puesto Nuevo tiene usted á la Steffenone, la Amat, la Salvé y la Beneventano; en Santa Anna á la divina Enriqueta Sontag, á Claudina Fiorentini, á Pozzolini, Rocco y Badiali. La pugna ha sido terrible; la cuestión se ha llamado nada menos que *oriental*, y entre *rusos*, como se llama á los Santanistas, y *turcos*, como se apellida

á los de oriente, se han librado verdaderas batallas.

Pero descuide usted; no se trata de esas mortíferas batallas en que usted tira cañonazos, derriba ejércitos y



destruye ciudades; los proyectiles son aquí pésimas rimas, obra de poetas chirles, notas más ó menos argentinas y algún ojo ú otro hinchado á causa de los extremos de los *dilettanti*.

Yo declaro sin empacho que estoy afiliada entre los *rusos*. ¡La Sontag! ¿Dónde ví ó dónde oí por primera vez ese nombre? Quizás lo haya leído en algún periódico; quizás lo haya oído de boca de alguna amiga que me lo haya repetido, arqueando la boca con extremos de admiración.

¡La Sontag! Esas seis letras decían para mí tanto como

las ocho del Partenón, como las cinco de París, como las cuatro de Roma. Eran el *summum* del arte, la condensación de la belleza, la reunión de muchas cosas grandes, tristes, tiernas, patéticas, alegres y fúnebres.

Antes de conocerla, ya sabía que era tan grande artista como honrada mujer, tan hermosa como genial. Sabía que, ya retirada del teatro, había vuelto á él para restaurar la fortuna de su esposo el conde Rossi; sabía que al contratarse en París, el público creía no era aquella artista la mujer de cincuenta años, á quien había aplaudido hacía veinticuatro, sino su hija que había sacado la habilidad de la madre; tan joven y tan hermosa se había conservado.

Cuando la conocí en la *Sonámbula*, cuando le escuché *La hija del Regimiento*, *María de Rohán* y *El Barbero*, y en éste la polka de D'Alary durante la lección de música, conocí que esta mujer es la más grande artista que hayamos visto y oído.

Anoche el teatro estaba de bote en bote. Se daba la *Sonámbula*, con la Amina cantada por la gran artista.

Los pollos con sus fracs, sus pecheras almidonadas, sus gemelos enormes y sus corbatas todavía más enormes; las niñas luciendo sus trajes frescos y hermosísimos.

En el palco de Escandón vi un delicioso grupo de cabezas. Una llevaba dos copos de flores que partían desde la frente, y dando vuelta, montaban sobre dos ahuevados

de cabello, adornando la parte prominente de la cabeza una banda de azul y oro.

Otra tenía un listón de oro y nácar y dos vendas de cabello levantadas sobre la frente, conforme acostumbra la emperatriz Eugenia. Sobre ambas vendas otra pequeña con lazos cadentes sobre el cuello y espaldas.

La última, que era la más linda, llevaba vendas lisas y copos de lilas en los lados del *chignon*.

De las Quijanos, una tenía vestido de organdí muy ralo, con cuatro olanes festoneados y bordados de lana encarnada, berta á la Vallière, peinado de flores y corales encarnados y brazaletes de oro y pelo.

La otra también traje de organdí con cinco olanes festoneados de lana azul, talle á la Luis XV, peinado festoneado como el vestido y brazaletes de oro y perlas.

Pero dejémonos de trapos, y vamos á lo importante, que fué la representación. Demasiado conoce usted *La Sonámbula*; pero no puede figurarse la ternura y el candor con que la dulcísima Enriqueta dijo el *A te, diletta, tenera madre*; filó las notas, las elevó, las unió, las separó y acabó dejando caer un raudal de perlas, hasta llegar al

*Sovra il sen la man mi posa,*

*Palpitar, balzar lo senti,*

donde expresó con ardor casi infantil el gozo de la mujer que prueba los placeres del primer amor.

Casi dejé pasar sin hacerle caso la magnífica aria de Pozzolini:

*Tutto, ah! tutto in quest'istante  
Parla a me del foco ond'ardi.*

En el dúo siguiente, los celos de Elvino y el candor de Amina encontraron buenos intérpretes en el tenor y en la *prima donna*. ¡Con qué gracia, con qué inocente coquetería, con qué seductora candidez dijo la Sontag el *sarai tu geloso!* era la misma inocencia, la propia ingenuidad sorprendidas con la ofensa de una acusación incomprensible.

La aparición de la Sonámbula, que hace estremecer y eriza el cabello de inquietud, porque se la ve marchar á la deshonra inconsciente, fatalmente, sin poderse sustraer á su sino, fué encantadora; pero nada tuvo tanto poder sobre las gentes como el *rea non sono*, que dijo la Sontag con un acento de convicción que electrizó.

Pero cuando el entusiasmo llegó á su colmo, fué en la escena en que se logra descubrir la inocencia de Amina. Mientras la desdichada atraviesa el puente, y los aldeanos arrodillados rezan porque se demuestre la inocencia de la niña, el público se sentía torturado, afligido, lleno de terror. Por eso cuando se descubre la verdad, y Amina en el colmo de la beatitud amorosa cantaba el

*Ah, mi abbraccia e sempre insieme  
Sempre uniti in una speme,*

el público, que llenaba de bote en bote la sala, ovacionó á la tiple haciéndola salir *treinta y dos veces* á la escena, cosa nunca vista entre nosotros.

¡Oh, Bellini, Bellini! ¡oh, Enriqueta, Enriqueta!  
Hasta otro día.

ANARDA.

De la misma al mismo.

*México, 25 de Mayo de 1854.*

Mi querido Juan: en mi carta de ayer usted ha de haberme creído loca rematada ó redactora de algún periódico que me pagara las crónicas; tantas atrocidades debo haberle dicho.

Hoy que tengo los nervios algo más aplacados, le daré cuenta con algunas noticias.

En primer lugar, el insigne Sierra y Rosso, hacendista cuyos méritos se guardaba cuidadosamente la discreta Clío, está próximo á salir del Ministerio, no sé si á causa de un soneto que dedicó á la presidenta ó á pesar de él. Vea usted, que se las echa de conocedor en el Rengifo, si puede haber pieza más graciosa.

No es, Dolores linda, tu belleza,  
 La que yo canto al celebrar tu día;  
 Ni tampoco podrá la lira mía  
 Elevarse á tu espléndida grandeza.  
 Nada, señora, del poder la alteza  
 De mi numen el vuelo cortaría,  
 Y el alma sólo revelar ansía  
 Sentimientos que guarda con pureza.  
 Del héroe que amo, siempre agradecido,  
 Angel santo de paz y de consuelo,  
 Siempre, señora, por su bien has sido  
 Serafín que Jehová mandara al suelo  
 Para ese solo fin con que has cumplido.  
 Llena, pues, tu misión, y vuelve al cielo.

Que venga cualquiera, y diga si no se explica la postulación de la hacienda pública, que tiene á su frente á un poeta tan ripioso é infeliz.

Han circulado los periódicos gobiernistas la parte secreta del plan que ustedes los demagogos quieren poner en práctica, y la verdad que se le han puesto los pelos de punta á todo el mundo. He aquí esas atrocidades sin la paja de que se las ha rodeado y sin las glosas y comentarios de los santanistas:

Libertad civil y religiosa.

Ampliación del fuero común á los delitos de clérigos y militares.

Declaración de que se sostendrá el culto católico, sin que se permita á los eclesiásticos tomar parte en los negocios públicos.

Intervención de la autoridad civil en bautismos, matrimonios y entierros.

Sostenimiento del clero y declaración de que pertenecen al Estado las fincas rústicas y urbanas y el producto de capellanías, fundaciones piadosas, diezmos, mandas, limosnas, derechos parroquiales y obvenciones de todo género que ahora explotan los sacerdotes.

A cambio de las cantidades que habrá de desembolsar el Gobierno, el clero tendrá obligación de asistir gratuitamente á los matrimonios, bautismos y entierros.

Se dictará una ley agraria que arregle la propiedad territorial y extinga la mendicidad y la holgazanería.

No creó que, por chiflados que estén el bueno de don Juan y sus consejeros, quieran poner en acción este cúmulo de desatinos, de los cuales el menor requiere, para llevarse á efecto, una revolución sangrienta como ninguna de las que ha habido hasta la fecha. Más bien pienso que eso se debe á mala voluntad de los enemigos de ustedes, que han ideado, para ponerlos en ridículo, tamañas atrocidades.

Entretanto se habla aquí, aunque en voz baja, de progresos de la revolución. Se dice que todo el departamento de Guerrero está en armas; que el de Michoacán está

minado por la insurrección, al grado que casi no hay pueblo que no haya puesto en armas su partida; que don Juan de la Garza se ha levantado ó está pronto á levantarse en Tamaulipas; que Gordiano Guzmán, el viejo insurgente, ha sido fusilado, y que Santa Anna se lava las manos y declara que no es el autor de la atroz represalia; que los Villalvas dan cada día más que hacer al gobierno, y en fin, que estamos, como quien dice, sentados sobre un volcán próximo á hacer explosión.

Se habla de una disposición espantosa, que asombraría al propio Calleja y daría celos al acreditado cura Chicharronero: se ordena que *todo pueblo que se manifieste rebelde contra el supremo Gobierno, debe ser incendiado, y todo cabecilla ó individuo que se recoja con las armas en la mano, debe ser fusilado.*

En virtud de esta inicua ley, han sido muertos más de quinientos individuos á sangre fría, y sin que valgan súplicas ni ruegos ante el Presidente, que contesta invariablemente á las peticiones, que si no se trata de delitos de *conspiración y deslealtad*, puede hacerse gracia.

Y como en este bendito régimen las carnicerías á la oriental van siempre acompañadas de la nota cómica á la Liliput, con la misma mano con que Santa Anna dicta órdenes de matanza y de ejecuciones capitales, da las gracias á nombre de la nación al conde de la Cortina por haberle regalado un manto de la Orden de Guadalupe y



un chaleco de casimir blanco al estilo de los que se exhiben ahora en Londres...

No quiero ocultarle, mi querido Juan, que en efecto, hay noticias graves de su tierra. Aurelio Luis Gallardo, el poeta paisano de usted que hace versos tan lindos y

sabe leerlos tan admirablemente, está aquí ahora, y me ha contado toda una odisea.

La niña Torres Lares, obligada á casarse con un patán, prefirió meterse monja y se halla á la hora de ésta como profesora en Santa Mónica. El bueno de Aurelio me pintaba con un calor y un color que me impresionaron enormemente, la toma de velo, la sensación tristísima de todos los amigos de usted al ver que caían al filo de la tijera los rizos castaños que á manera de casco cubrían aquella cabeza, la palidez de cirio de la pobre niña, hoy muerta para el mundo, y el simpático aspecto que presenta con las tocas y el sayal.

Es caso tristísimo, amigo mío, y el remedio único consiste en la resignación de usted. Usted, pobre aventurero, covachuelista hoy, revolucionario al día siguiente, siempre sin asiento, siempre á salto de mata, no tenía derecho á pensar en vida quieta y tranquila durante muchos años. Paciencia y barajar.

Muy de veras le acompaña en su dolor

ANARDA.

Del mismo á la misma.

*Acapulco, á 30 de Abril de 1854.*

Muy distinguida señora: algo hay por aquí que ha producido más pavor que los incendios de pueblos, que



Don Nicolás Bravo

los fusilamientos en masa y que las represalias sangrientas: la muerte del insigne Bravo.

Don Nicolás, como usted sabe, desde que se retiró el año cuarenta y cinco, desilusionado de la política santanista, vivía enfermo y lleno de mortificaciones en su pueblo natal, Chilpancingo.

El día que el dictador entró á esa ciudad, sin bajarse de la litera se encaminó directamente á la casa del héroe, quien le recibió en cama y permaneció, obra de dos horas, hablando con el más ilustre y magnánimo de los mexicanos.

Se dice que le exigió lo acompañara en la expedición; que Bravo se rehusó por no añadir el prestigio de su nombre á una causa perdida y antipática; que se negó también á firmar una proclama que corrió con su nombre y que Santa Anna llevaba manuscrita, excitando á los pueblos del sur á dejar la revolución, y que el Presidente, fingiendo separarse del grande hombre con mucha armonía, le dejó un médico militar para que atendiera la salud del veterano.

Hace pocos días que el General, cuyo estado no era precisamente desesperado, amaneció muerto, y el mismo día, sin enfermedad anterior, la esposa del jefe, doña Antonina Guevara.

Parece que cuando la señora vió la gravedad de don Nicolás, se espantó, atribuyó el caso á la bebida que